

FE SOBRENATURAL Y RECTA FILOSOFÍA

El caso de García Morente y la hispanidad

MIGUEL AYUSO

(Universidad de Comillas – Madrid)

RESUMEN. Manuel García Morente fue un destacado intelectual español de los primeros decenios del siglo XX. Filósofo kantiano y agnóstico, la experiencia de la Guerra de España le sacudió hondamente. Refugiado en París sintió el «hecho extraordinario», esto es, la inesperada llegada de la gracia sobrenatural. Convertido al catolicismo y ordenado sacerdote comprendió que había de replantear enteramente su sistema filosófico, porque la conversión había dejado subsistentes las estructuras precedentes. Murió poco después, de modo que no alcanzó su objetivo, si bien en lo que toca a la comprensión de la historia de España advirtió de modo inmediato y nítido su catolicidad, así como que la pretensión secularista del liberalismo constituía un «imposible histórico».

PALABRAS CLAVE: García Morente, catolicismo, Hispanidad, liberalismo

ABSTRACT. Manuel García Morente was a distinguished Spanish scholar in the first decades of the 20th Century. Kantian philosopher and agnostic, the experience of the Spanish Civil War shook him deeply. Refugee in Paris he felt the «extraordinary event», i. e., the unexpected arrival of supernatural grace. Converted to Catholicism, became a priest and realized he ought to reformulate his entire philosophical system, because conversion does not destroy the preceding intellectual structures. As he died soon he could not reach the aim, but in what concerns the interpretation of Spanish history he understood clearly and

immediately there is no Spain without Catholic Church and secularist purpose of Liberalism is «impossible».

KEY WORDS: García Morente, Catholicism, Hispanidad, liberalism.

*

1. Antecedentes

Manuel García Morente (1886-1942) es uno de los grandes nombres de la filosofía española del siglo XX¹. Nacido en Arjonilla, un pueblo de la provincia de Jaén, de padres acomodados de la sociedad terrateniente andaluza, estudió el bachillerato en Bayona y se licenció en filosofía en París, en la Sorbona, donde tuvo como maestros a Bergson, Boutroux y Lévy-Bruhl, ampliando a continuación estudios en Alemania (Marburgo, Berlín y Munich), con Natorp y Cassirer, y doctorándose finalmente en Madrid con una tesis sobre *La estética de Kant*, publicada en 1912. Ese año ganó la cátedra de Ética de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, dedicándose por entero a la enseñanza y a la investigación, de modo señalado a la traducción. Así, se le deben notables versiones de Descartes, Rickert, Brentano, Husserl, Spengler y, singularmente, Kant. En efecto, en los ambientes filosóficos de lengua castellana, García Morente fue durante mucho tiempo el traductor de Kant. Interesado por el bergsonismo, la fenomenología y la axiología, su maestro principal será sin embargo Ortega y Gasset. También estará vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, principal agrupación intelectual de corte marcadamente laico, liberal e incluso anticatólico². Él será sobre todo las dos primeras cosas. Pero no la tercera. Quizá agnóstico en su interior, pero de ahí a anticatólico...

¹ Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Filósofos españoles del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1987, pp. 117 y ss.

² Vicente CACHO, *La Institución Libre de Enseñanza*, Rialp, Madrid, 1962.

En 1930 por breve tiempo ocupará la subsecretaría de instrucción pública, en los últimos momentos previos a la proclamación de la II República, y, durante toda ésta, el decanato de la Facultad. Fueron, según todos los testimonios, momentos de especial intensidad e impulso intelectual, gracias sobre todo al quehacer del decano liberal y cosmopolita. Nada de eso iba a servirle, estallada la guerra en julio de 1936, para que el Frente Popular triunfante en Madrid le aceptara o cuando menos perdonara. En el mes de agosto es destituido del decanato, mientras milicianos anarquistas asesinan a su yerno, joven inteligente y ejemplar católico, hecho que le conmociona. En septiembre recibe aviso confidencial de que huya de Madrid, pues su vida corre riesgo, y —provisto de un salvoconducto que le proporciona un ministro amigo suyo— logra llegar a Barcelona y luego pasar a Francia. Llega a París con setenta y cinco francos por todo capital. Un amigo español le acoge y le proporciona una habitación en su casa, de la que está largos días ausente. Para comer y cenar acude a casa de una señora francesa, viuda de un antiguo compañero de la Sorbona. Durante meses, en soledad casi total, con la angustia (viudo como era desde 1923) por la situación de sus hijas, todavía en España, donde no obtenían autorización de las autoridades rojas para salir.

2. El hecho extraordinario

La Providencia empieza a abrirse camino en su mente y en su alma. Escribirá luego: «Alrededor de mí, o mejor dicho, sobre mí e independientemente de mí, se iba tejiendo, sin la menor intervención de mi parte toda mi vida». Sin embargo, por el momento se resiste. Está en medio de una gran lucha y sufre un gran desasosiego. En la noche del 29 al 30 de abril de 1937, todavía en París, mientras escuchaba en la radio *L'enfance de Jésus*, de Berlioz, se produce en su vida lo que llamará «el hecho extraordinario»: la música le ha sumergido en un estado de deliciosa paz y por su mente empiezan

a desfilan imágenes de la infancia y, a continuación, otros episodios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Cae de rodillas, intenta rezar un Padre nuestro, pero lo ha olvidado. Se levanta tras largo rato, abre la ventana y siente que Él está dentro. Se trata de una «extraordinaria irrupción de la gracia», que cambiará su vida.

Poco después llegan sus hijas y puede aceptar una invitación de la Universidad de Tucumán, en la Argentina, para dictar un curso. Es ya un hombre nuevo. Pero con su vieja filosofía. Desde Tucumán, en abril de 1938, escribe al obispo de Madrid, informándole de lo que le ha ocurrido y mostrándole su deseo de ser sacerdote. Tras once meses en la Argentina ha conseguido ahorrar lo suficiente para regresar a España, a donde entra por Vigo, Galicia, en junio de 1938, dirigiéndose inmediatamente al monasterio de Poyo. Lecturas piadosas, meditación, oración, llenan sus días. Hasta que, terminada la guerra en abril de 1939, puede volver a Madrid e ingresar en el seminario en el mes de septiembre. Allí comienza una nueva vida. Al tiempo que, repuesto en la cátedra y autorizado por el obispo para su desempeño, se produce lo que Rafael Gamba, alumno suyo en aquel tiempo, ha calificado el «enfrentamiento del hombre nuevo con la vieja tarea»³. Todos los días salía por unas horas de su nuevo mundo para zambullirse en el primitivo quehacer. ¿Cómo podría desempeñar ahora el papel de viejo maestro? ¿Cómo sería el reencuentro con los problemas filosóficos antiguos? En 1940 será ordenado sacerdote y en 1942 fallecerá.

Desde luego, admira contemplar el modo de obrar del Señor. Porque el retorno a la fe no se produce por una mera conjunción de circunstancias intelectuales con otras de tipo histórico. Es cierto que el racionalismo, de un lado, lejos de alcanzarle la paz espiritual, le fue sumiendo en lo contrario, en un creciente desasosiego. Como que, de otro, el momento de la guerra civil hace que los acontecimientos se precipiten y la muerte «ronda en torno nues-

³ Rafael GAMBRA, «El García Morente que yo conocí», *Nuestro Tiempo* (Pamplona), nº 32 (1957), pp. 131 y ss.

tro, nos acecha y cae sobre nosotros como el tigre sobre la presa». No. La conversión no se produce de resultas de la pura coincidencia de convencimiento intelectual y vivencia histórica. El «hecho extraordinario» que transforma su vida fue «una luz bajada de lo alto, un inmenso consuelo»⁴.

3. Nueva fe religiosa y viejo sistema filosófico.

En cambio, había dejado subsistente su edificio conceptual anterior. Nota que se resquebraja, que hace aguas por momentos. Pero sigue levantado, porque el Señor no precisa de filosofías para su llamada y la efusión de la gracia sortea los muros de la incompreensión o el prejuicio intelectuales.

Una vez consumada la obra de Dios en el alma es cuando, al renovar radicalmente la existencia, se muestra urgente la necesidad de repensar las filosofías, las ideas, las opiniones. Que no son en modo alguno irrelevantes, pues no puede haber discontinuidad entre el orden de la naturaleza y el de la gracia. Lo que necesariamente ha de conducir, tras la experiencia mística, a la reubicación conceptual. En esta tarea ocupó Morente sus últimos años, aunque la labor no llegara a ser coronada por el éxito. La prontitud de su fallecimiento le impidió alcanzar de modo trabado la síntesis entre lo más sano de su antiguo pensamiento y la filosofía tradicional del santo de Aquino.

En cambio, como subrayó Rafael Gamba, por el efecto de la nueva fe, viva y cordialmente sentida, llegó a la intuición clarísima, casi fulminante, de la inspiración religiosa que entraña la historia de España, la misión histórica que ha guiado el proceder comunitario de los españoles. Resulta instructivo —escribe Gamba— ver

⁴ Cfr. la narración de su experiencia de la gracia y de la conversión ganada por la docilidad a ella, que denominó «el hecho extraordinario», en el libro de Mauricio de IRIARTE, S. J., *El profesor García Morente, sacerdote*, Espasa-Calpe, Madrid, 1951.

cómo un hombre del ambiente liberal y europeizador, «por el hecho de recuperar la fe de Cristo intuye inmediatamente el alcance religioso de esa trágica ejecutoria histórica que llamamos España, y también la intención profundamente anticristiana y antiespañola de la postura europeizadora liberal»⁵. Ahí no hubo vacilación alguna. Más bien cambio *per diametrum*.

A este tema dedicó, entre otras conferencias y discursos, los titulados *Idea de la hispanidad*⁶ e *Ideas para una filosofía de la historia de España*⁷. Y sus aportaciones principales pueden resumirse en dos: la primera, positiva, es la visión del estilo español en clave católica; la segunda, negativa, el rechazo del ideal europeizador como imposible histórico. He ahí al Morente más original: «Morente, al consagrar su madurez al tema de la hispanidad, no hizo otra cosa que ser fiel a su vocación y atender el asunto que le era más próximo en el espacio, en el tiempo y en el amor. En suma: la teoría de España refleja al Morente más consecuente y auténtico, y es ella la que, además, confirma la ubicación tradicional de su pensamiento»⁸.

4. Idea de la hispanidad

No podemos extendernos en el asunto, pero tampoco podemos dejar de apuntarlo. El pensamiento morentiano se enfrenta con la esencia de la nacionalidad y, considerando inaptos para forjarla

⁵ GAMBRA, «El García Morente que yo conocí», cit.

⁶ Manuel GARCÍA MORENTE, *Idea de la Hispanidad*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938.

⁷ Manuel GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Universidad de Madrid, Madrid, 1943. Rafael Gamba curó posteriormente, en 1957, una edición posterior, aparecida también en Madrid, a la que se le agregaron otros textos de Morente y antepuso su artículo citado. Cf. Manuel GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Rialp, Madrid, 1957. Es por la que citamos en lo que sigue.

⁸ Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, «El lugar intelectual de Morente», *La Estafeta Literaria* (Madrid), nº 387 (1968), p. 9.

los vínculos naturales (raza, sangre, territorio, idioma, etc.), viene a definirla como un *acto espiritual*. Pero dentro de las construcciones espiritualistas cree insuficientes tanto la adhesión exclusiva al pasado (al modo de Renan) como la proyección única al futuro (como Ortega y Gasset). No se pueden, sin embargo, rechazar por igual los proyectos de empresa que se forjan en la convivencia histórica. Pues si la nación precisa de una definición dinámica o genética, para encontrarla no disponemos de otro criterio que la convivencia histórica. Que produce un estilo, personificado —en lo que concierne a España— en el caballero cristiano, protagonista de su historia, y que descubre su sentido profundo en la identificación de la patria con la religión: «Porque en la nación española y en su historia la religión católica no constituye un accidente, sino el elemento esencial de su historia misma. Intentemos representarnos la historia de España (...) sin incluir como elemento esencial el catolicismo. No podemos. Es sencillamente imposible imaginar una historia de España sin religión católica. Sería la historia de otra nación, de otra quasi-persona colectiva, pero no la historia de esta que, precisamente, se llama España. En cambio podemos fácilmente imaginar ausentes tales o cuales hechos —por importantes que sean— de nuestra historia, o imaginar acaecidos tales o cuales otros, con tal que permanezca intacta la esencial religiosidad española. Innumerables cosas pudieron acaecer o no acaecer; sólo una hubo necesariamente de producirse: la unidad católica. Todo lo demás puede considerarse como contingente o accidental. El catolicismo, empero, es consustancial con la definición misma, con la idea misma de la hispanidad (...). Ya sé que habido y quizá haya algunos que pretenden negarlo. Pero será por effmero capricho intelectual o porque intenten y deseen personalmente la descristianización de España a sabiendas de que lo que de esta descristianización resultase ya no sería propiamente España, sino otra cosa, otro ser, otra nación; o, más probablemente aún, nada»⁹.

⁹ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., pp. 260-261.

He ahí, juntas, las dos tesis centrales de su pensamiento maduro sobre la hispanidad. Y es que, en realidad, no se pueden separar.

La primera la calibra incluso en comparación con la historia de otros países católicos, como Francia: «Otras naciones se han hecho de otros materiales. España está hecha de fe cristiana y de sangre ibérica (...). El caballero español fue el único que no necesitó salir de su tierra para combatir por su fe. En las otras naciones de Europa, el caballero cristiano tenía que buscar fuera de su propio país las ocasiones de servir a Dios contra el infiel. El caballero español encontraba al infiel dentro de casa; bastábele ser buen español para ser buen cristiano; o inversamente ser buen cristiano para ser buen español»¹⁰.

De modo que alcanza una primera marca diferencial, que ilustra precisamente en relación con Francia: «Aquí tocamos la diferencia esencial que existe entre la religiosidad de la nación española y la de cualquier otro pueblo moderno. En Francia, por ejemplo —que en su fondo sigue siendo cristiana—, la religión no ocupa, no ha ocupado nunca, el puesto central que ocupa en nuestra patria española. Esto no quiere decir que la nación francesa no haya sido y no sea auténticamente cristiana. Quiero decir que en Francia la religión no es consustancial con la nacionalidad. Se puede ser francés, buen francés, y no ser católico. El catolicismo en Francia es un ambiente, en el cual se puede vivir; es un marco, un cauce, dentro del cual puede discurrir la vida; pero no es el nervio, no es el eje necesario de la vida nacional (...). El católico francés es francés y además católico. En España, en cambio, la religión católica constituye la razón de ser de una nacionalidad que se ha ido realizando y manifestando en el tiempo, a la vez, como nación y como católica, no por superposición, sino por identidad radical de ambas condiciones».

¹⁰ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., p. 264.

Una tal tesis exige una mayor ilustración histórica, que García Morente, discutible o no es otro asunto, ofrece: «Las empresas católicas han sido siempre en España nacionales (711-1492); las empresas nacionales han sido siempre en España católicas (1500-1700). Pero en la historia de Francia ha podido perfectamente haber —y ha habido— empresas no católicas y sin embargo nacionales, y empresas nacionales que no eran católicas. Porque en Francia la nación es una cosa y la religión otra. Mientras que en nuestra España la nación y la religión son una y la misma cosa, una y la misma esencia, de tal suerte que dejar de ser católica equivaldría a dejar de ser hispánica»¹¹.

Podríamos seguir con el paralelismo, que extiende a continuación a las figuras paradigmáticas de San Fernando, rey de Castilla, y San Luis, rey de Francia, que disculpará el lector que le hurte. Porque me interesa acercarme a un comentario final que, en este punto, concierne a las naciones que Morente llama «fronterizas», frente a otras que podríamos denominar «centrales». ¿Estará aquí la clave de la diferencia anterior entre Francia y España, San Luis y San Fernando? Desde luego, dice García Morente, pueden rastrearse algunos rasgos comunes en la psicología de las naciones «fronterizas» que, como España, han servido durante siglos de baluarte a Europa, permitiendo a otros pueblos «centrales» empuñarse en sus menesteres y empresas propias. Sin embargo, también aquí descubre la singularidad del caso español: «Ninguno de esos países fronterizos ha sabido como España elevar a misión universal y eterna la incumbencia particular y temporal de proteger a Europa de los invasores musulmanes. España sola —porque tal era la esencia de su personalidad nacional— logró dar sentido trascendental a la misión, en apariencia transitoria, de defender la cristiandad»¹².

¹¹ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., pp. 264-265.

¹² GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., p. 267.

5. Imposible histórico de la «europeización»

Esa defensa de la Cristiandad, *pondus* de la constitución hispánica, ha de sufrir necesariamente el impacto del racionalismo moderno y de su fruto la secularización. Frente a los que España, reacciona encerrándose en sí misma. ¿Derrota? ¿Agotamiento? ¿Decadencia?¹³ Si hacemos caso de García Morente este aislamiento de España hacia 1700 no es uno de tantos «hechos» que pueda derivarse mecánicamente de otros hechos anteriores: «Hay aquí algo más y más hondo. Porque lo que sorprende y desconcierta en esta mutación no es solamente el abandono de la política mundial, sino la adopción paralela, dentro del país, de una política que podríamos llamar muy bien defensiva. Es evidente que España, en ese momento, no sólo se aparta del resto del mundo, sino que se encierra en sí misma (...). [Hay] en este aislamiento de España la auténtica manifestación de una decidida voluntad, una resolución profunda, tomada por el alma nacional (...)»¹⁴.

Pero, ¿dónde reside la causa de esa decisión? Nuestro autor responde que «no puede haber otra razón sino que la relación con el mundo le fuera insoportable y además peligrosa para su propio ser y sustancia (...). [Y es porque] iníciase por entonces un proceso del pensamiento cuyo término habrá de ser propiamente esa dolencia espiritual colectiva que podríamos llamar la enfermedad de Europa (...): secularización de la vida, laicismo, naturalismo, positivismo. El Santo Padre la ha llamado últimamente 'progresiva descristianización individual y social'. Bajo otras denominaciones, de apariencia más inocente, encúbrese también a veces esa misma dolencia; tales, por ejemplo, las de humanismo y liberalismo. ¿Y en qué consiste esa enfermedad de Europa? Comienza, en el terreno de la filosofía pura, con el afán —por lo demás plausible— de 'entender' la realidad, de

¹³ Es famoso el libro de Vicente PALACIO ATARD, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, Rialp, Madrid, 1949.

¹⁴ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., p. 276.

hacer 'inteligibles' las cosas. (...). [Pero en seguida da paso] a la afirmación o tesis de que la toda la realidad es 'inteligible', es accesible a la razón. De este plano, a su vez, asciende el racionalismo a otro ya francamente inaceptable: que lo que no es accesible no forma parte de la realidad, no tiene existencia, carece de ser. La consecuencia es inmediata; queda negada toda la realidad sobrenatural»¹⁵.

Pero esta secularización de la vida que elimina lo sobrenatural se revela en el fondo imposible, pues es radicalmente falsa y anormal. He aquí algunas de las consecuencias de tal enfermedad: «Primeramente siembra la lucha entre los hombres; porque orienta toda la actividad humana hacia los bienes materiales (...), que no pueden distribuirse más allá de cierto límite. La posesión de ellos por unos hombres implica la privación de ellos para otros hombres; y, por consiguiente, la lucha de los que los tienen con los que los quieren. Sólo la caridad puede remediar esta radical oposición. Pero la caridad es ya una virtud sobrenatural, es decir, orientada justamente hacia esos bienes superiores que la enfermedad de Europa no quiere o no puede percibir y estimar. Por eso desde 1700 la política europea es política 'realista', que muy naturalmente conduce a la guerra constante entre las naciones y, por si esto fuera poco, a la lucha intestina 'de clases' dentro de cada nación. La idea de la humanidad católica o de la cristiandad ecuménica, que imprimió a la política española durante los siglos XVI y XVII el carácter de política mundial, no tiene cabida dentro de esta concepción naturalista de la existencia humana. España no podía seguir practicándola; y como no tenía —no quería tener— otra en sustitución de ella, prefirió retirarse del escenario del mundo». Se produjo también, a continuación, e inmediatamente, una segunda consecuencia, no menos contraria que la anterior al alma española: «La secularización de la vida iguala a todos los hombres, reduciéndolos al rasero de la realidad natural (...). La igualdad de todos los hombres es para el cristiano una realidad sobrenatural. El moderno paganismo,

¹⁵ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., p. 277.

haciendo de ella también una realidad natural, ha precipitado las almas en la desesperación y el desconsuelo»¹⁶.

Cuando España, en esa fecha del doblar de 1700, se aparta del mundo y se encierra en sí misma, es porque no puede hacer otra cosa. Cualquier otra cosa hubiera sido «imposible» para ella, ya que existe el «imposible histórico» como el lógico o el metafísico, y que no es sino la contradicción entre la definición profunda de la persona colectiva nacional y los fines y objetivos de una generación o del gobierno. Precisamente para los proyectos europeizadores reserva Morente tal término: «Si esos ideales más o menos *européizantes*, que de vez en cuando, desde 1700, algunas minorías de refinada cultura propusieron a España, han sido al fin rechazados o desatendidos por nuestro pueblo, es porque en el fondo no eran *españoles*, no estaban de acuerdo con la esencia y estilo de la personalidad nacional y representaban *imposibles* históricos»¹⁷. Esos españoles habían comprendido la asociación del sentimiento religioso con la esencia de la hispanidad. Y en ello acertaban. Pero en todo lo demás erraban. Principalmente en creer que Europa se había descristianizado definitivamente y que los días de la religión católica estaban contados: «Esta falsa convicción era la que les impelía a procurar que España se europeizara, lo cual, con su terminología, venía a significar que se descristianizara»¹⁸.

6. Conclusión

Lo anterior requiere, sin embargo, algunas explicaciones.

En primer lugar, quizá algunas de sus páginas se resientan de un exceso de sustantivación de las naciones, propio de la época en

¹⁶ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., pp. 279-282.

¹⁷ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., p. 283.

¹⁸ GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, cit., p. 305.

que escribió y también quizá de la pasión de converso, pero el contexto no es el del totalitarismo ambiental dominante en el período en que escribió sus últimas obras sino el de un sano tradicionalismo fundamental. Morente no se adhiere a la concepción de la nación como una entidad metafísica subsistente ni confunde el amor a la patria con el nacionalismo¹⁹. Es decir, se sitúa en la estela de Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella o Maeztu.

En segundo término, la oposición entre España y Europa. También en este punto se alinea el Morente converso con el tradicionalismo²⁰. Según una interpretación completada después de la muerte de Morente por autores como el filósofo Rafael Gambra, ya citado, pero también el historiador del pensamiento político Francisco Elías de Tejada o el jurista Álvaro d'Ors, Europa es un medio secularizado, laico, en el que conviven grupos y confesiones que no aspiran a presidir la coexistencia general ni a prevalecer sobre los demás. Europa es la forma histórica que sustituyó a la Cristiandad medieval cuando ésta se escindió por la Reforma protestante. España, en cambio, se mantuvo en unidad religiosa como una comunidad de fe y sentimientos por todos compartidos. Y sostuvo ese ideal de Cristiandad, primero en el territorio ya convertido en Europa, después —derrotada— encerrándose en sus fronteras. Europeizarse, en fin, ha significado para los españoles, y hasta fecha bien reciente, incluso hasta hoy, rendirse, reconocer el curso equivocado de su historia, y consiguientemente, después, descristianizarse.

Incluso en estos días, en que España aparece convertida al «nivel europeo», los proyectos políticos e intelectuales más deletéreos se siguen presentando como una necesidad de profundizar

¹⁹ GAMBRA, «El García Morente que yo conocí», cit., p. 170. El mismo autor ha refutado tal concepción, oponiéndola a la tradicional de la patria, en Rafael GAMBRA, *Eso que llaman Estado*, Ed. Montejurra, Madrid, 1958, pp. 177 y ss.

²⁰ Miguel AYUSO, «España y Europa: las razones de un malentendido histórico», *Verbo* (Madrid), nº 381-382 (2000), pp. 17 y ss.

la «europeización». Por eso, el discurso de un García Morente o de la escuela tradicionalista, singularmente carlista, sigue presentando interés teórico o doctrinal. Más aún, el discurso del «imposible histórico», tan cercano al del epílogo de Menéndez Pelayo a su *Historia de los heterodoxos*²¹, parece haberse cumplido. Con el corolario de la disolución nacional y de la falta de reacción en la disolución. El paralelismo francés, con un proceso bien diferente y con reacciones también diferentes, parecería también cumplirse cuando menos parcialmente...

Resulta en realidad aleccionador el caso brevemente expuesto. La conversión no implica la superación de su sistema kantiano, aunque sí la comprensión de la necesidad de su superación. Sin embargo, en el terreno de la filosofía y la teología de la historia, produce la convicción fulminante del sentido católico de la historia española y del imposible histórico de la descristianización europeizadora. Es curioso que, pocos años antes, un proceso no idéntico, pero sí convergente²², había llevado también a la hispanidad a través de la catolicidad a Ramiro de Maeztu, exponente de la generación del 98²³, que había pasado media vida entre el anarquismo y el socialismo fabiano, y que quizá por su *Defensa de la hispanidad*, estampada inicialmente en las páginas de la revista *Acción Española* a partir de 1933, había de alcanzar la muerte asesinado por los rojos en 1936, a poco de comenzar la guerra.

²¹ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Librería Católica de San José, Imprenta de F. Maroto e hijos, Madrid, 3 tomos, 1880-1882, donde escribe las famosas y tan repetidas palabras: «España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reyes de taifas».

²² Miguel AYUSO, «Morente y Maeztu, convergentes», *Razón Española* (Madrid), nº 20 (1986), pp. 337 y ss.

²³ Miguel AYUSO, «L'Espagne, d'un 98 à l'autre», *Catholica* (París), nº 62 (1998-1999), pp. 61 y ss.

Por eso, el Morente converso no ha sido bien tratado. Sus antiguos correligionarios, ¿cómo iban a perdonarle su defección, precisamente para apuntalar las posiciones «enemigas»? Por eso, para la inteligencia liberal, el Morente sacerdote católico y filósofo de la hispanidad no existe. Morente habría muerto, como tantos otros, en 1936, en el curso de la guerra. Pero para un importante sector de la cultura católica, la inficionada precisamente por ese liberalismo que Morente profesó y del que abjuró para abrazarse a la fe de Cristo con todas sus consecuencias, existe el hecho magnífico de la conversión, pero no sus frutos, su objetivación intelectual. Y es que para la cultura liberal y laica el único pecado que no tiene perdón es el de tratar de insuflar la gracia en las instituciones y obras humanas²⁴.

²⁴ Miguel AYUSO, «Los reduccionismos culturales del presente: un caso cercano como ejemplificación», *Roca Viva* (Madrid), nº 255 (1989), pp. 169 y ss.